

ción institucional dentro de ella. Weber, sin embargo, no consideraba a la sociedad como una emanación de los valores. Rechazaba tanto la interpretación unilateral idealista de la Historia, como la interpretación unilateral materialista. En su análisis de la estratificación y de los fenómenos con ella relacionados, sostuvo que las instituciones económicas no eran las únicas variables críticas relevantes. Dentro de ello, sin embargo, no ignoró los efectos de los sistemas clasistas sobre la ideología y los valores. Claramente, su interpretación del fenómeno religioso lo identifica con una ideología de clase, pero aclaró lo que Marx dejó implícito. Afirmó que la Religión respondía a que los hombres necesitaban una justificación coherente para sus situaciones vitales. Negó que las ideas fueran simples «reflejos» de una posición de clase o que los intereses de clase pudieran entenderse separados de una concepción clasista de estos mismos intereses, su ideología y sus valores. E insistió en que las ideas pueden ejercer, juntamente con otros factores, influencia independiente sobre el curso del desarrollo histórico.

Al ocuparse del nacimiento del capitalismo inglés, Marx recalcó el papel de la fuerza. Weber, menos que nadie, podía infraestimar la justeza de esta observación. Más bien lo que hizo fué considerar si era una explicación *suficiente*. La racionalización de la vida económica que Marx atribuía a las «deyes inmanentes del desarrollo del capitalismo» es precisamente lo que Weber buscó explicar a la luz de una perspectiva sociológica más amplia, consciente de que lo que Marx consideraba como forjado inextricablemente podía, en otros ámbitos históricos, formarse de modo diferente.

Weber reconoció que si bien el crecimiento de la población y la corriente de metales preciosos tuvieron honda influencia en el nacimiento del capitalismo, ello fué sólo hasta donde lo permitió el sistema existente de relaciones del trabajo. No hay que olvidar que, para él, el capitalismo significa algo muy específico: la transformación del trabajo formalmente libre en trabajo metódico, racional y disciplinado. El método comparativo, equivalente en la sociología al experimental en las demás ciencias, permitió a Weber hacer una estimación de los efectos relativos

de los factores materiales e ideológicos en el nacimiento del capitalismo, no sólo en Occidente, en contraste con otras sociedades, sino también entre los segmentos católico, luterano y calvinista de la sociedad europea. La historia social de Inglaterra y el papel económico de los puritanos en los siglos XVI y XVII proporcionan la evidencia europea del cometido de las ideas religiosas en el desarrollo histórico.

Weber aclaró dos cosas respecto al calvinismo. Sus valores santificaban la actividad capitalista, proporcionando una ideología que incitaba a los puritanos a un incansable afán de lucro y, asimismo, les impulsaba a organizarse como personalidades para funcionar de modo metódico e insensible. Insertando, pues, una variable ideológica y psicológica en el análisis histórico, Weber mostró que la explicación de las variables implícitas relativamente en el análisis marxista puede alterar las conclusiones a que llegaba el análisis, sin alterar esencialmente los hechos que consideraba.

En resumen, Weber utilizó a Marx no aceptando sus hipótesis, sino poniéndolas a prueba y enmendándolas. Patentizó lo que Marx dejó implícito: las funciones psicológicas de los sistemas de creencias. Ello le hizo posible descubrir que la ideología no deriva automáticamente de la posición social, sino que es, más bien, un medio de interpretar tal posición. Una función posible de la ideología, bajo este punto de vista, es la de marcar la ruta al cambio social.—SALUSTIANO DEL CAMPO.

LE BRAS (Gabriel): *Pour une sociologie historique du catholicisme en France*, en «Cahiers Internationaux de Sociologie», París, enero-junio 1954.

Este autor está especializado en los trabajos de sociología religiosa, especialmente referidos al medio francés, y sus libros, muy difundidos, gozan de verdadera autoridad científica. En el detallado estudio sobre la sociología del catolicismo francés, que ahora nos ocupa, sienta en realidad M. Le Bras las bases de lo que esperamos que pronto venga a ser un nuevo libro esclarecedor de primera importancia.

Parte el análisis de M. Le Bras del

hecho básico de que la Iglesia romana impone unidad de fe y de disciplina a todos sus fieles, y enriquece con definiciones dogmáticas su contenido de creencias, adaptando, por otra parte, a las necesidades cambiantes el de sus instituciones. Será, pues, oficio del sociólogo inquirir sobre tales bases las causas, los caracteres y los efectos sociales de las mutaciones experimentadas por dicha sociedad en tanto que vive y se desarrolla en el tiempo y, en consecuencia, no deja modificar sus formas. Estas condiciones son tanto más susceptibles de investigación cuando los factores de especificación nacional intervienen en la configuración general del hecho religioso católico, haciendo necesario acometer, aparte de la sociología general del catolicismo, otras sociologías históricas concretas referidas a cada catolicismo nacional. Por esta razón considera M. Le Bras que un objetivo perfectamente vital de la sociología religiosa ha de consistir en poner de manifiesto las transformaciones de la Iglesia católica en cada comunidad nacional, lo mismo si se considera en tal caso a la Iglesia católica como participante en una nación, que si se la estima en tanto que miembro de una sociedad universal.

Acomete en este trabajo su autor, por medio de un rápido y seguro análisis, el proceso de formación de los cuadros territoriales y el desenvolvimiento de la estructura administrativa de la Iglesia de Francia, en estrecha relación con la propia configuración territorial y administrativa de la sociedad civil. Como consecuencia de estas circunstancias geográficas, jurídicas y políticas, puede observarse la progresiva aparición de una psicología local, regional y nacional que ha de ocupar una parte muy considerable en las manifestaciones más desarrolladas de la vida religiosa colectiva. Por otra parte, M. Le Bras deja señalado cómo por debajo de las apariencias de la unidad administrativa subyacen precisamente las divisiones y los conflictos entre los tres cuerpos radicales de la Iglesia: clérigos, laicos y religiosos.

Es muy esclarecedor el criterio de este sociólogo francés, al estimar la vitalidad interior del catolicismo de su nación en diversos períodos de su historia, según un doble criterio: el de la salud orgánica del catolicismo y el de su participación en la vida social. Des-

taca, al efecto, los tres tipos de autoridad que se encuentran en los grupos religiosos, y que dentro de la organización católica se concretan en las categorías de obispos, conductores —fundadores de órdenes e instituciones y predicadores populares— y santos. Analiza finalmente el autor el efecto de los movimientos y fenómenos de vitalidad interna de la Iglesia, dentro del seno de la sociedad temporal. Lo mismo en cuanto a los seguros criterios metodológicos que en cuanto a la riqueza documental utilizada en cada punto de su estudio, este denso artículo de Gabriel Le Bras constituye un punto obligado de consulta para el estudioso de estos temas.—MANUEL LIZCANO.

BOBBIO (N.): *Croce e la politica della cultura*, en «Riv. di Filosofia». Volumen XLIX, 1953, núm. 3.

El pensamiento de Croce se desenvuelve entre dos polos opuestos: su afirmación de la actividad política como actividad económica o fuerza vital, y en cuanto a tal, autónoma respecto a la moral, por un lado: y, por otro, la identificación de la libertad con la fuerza moral que dirige en última instancia la política, y con la cual toda buena política debe contar.

Mas ahora interesa destacar una cons-de cultura (en su sentido de filósofos) de cultura (en su sentido de filósofos) tienen una responsabilidad y una función política, en cuanto hombres de cultura. Este es el significado de la expresión «política de la cultura». Puede decirse que a través de su larga vida y de las numerosas vicisitudes por las que atravesara, fué éste el problema más profundamente sentido por Croce.

Desde su primera obra autobiográfica (*Contributo alla critica di me stesso*) en 1915, hasta los últimos tiempos, fueron objeto de su estudio las relaciones entre Filosofía y Política, con aquella «tranquila conciencia», que el filósofo tiene sobre su puesto de responsabilidad en la vida civil.

Resumimos, a continuación, las tres fases que pueden distinguirse en el desenvolvimiento de su pensar.

El primer modo de entender las relaciones entre actividad filosófica y actividad política es mediante la «especialidad» o «especificación», empleando el propio término de Croce. Mientras